

MI CARNE ES VERDADERA COMIDA Y MI SANGRE ES VERDADERA BEBIDA - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 6, 51-58

Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo también daré por la vida del mundo es mi carne. Los judíos entonces contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como el Padre que vive me envió, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como el que vuestros padres comieron, y murieron; el que come este pan vivirá para siempre.

La enseñanza que Jesús está impartiendo en la sinagoga de Cafarnaún en donde se presenta como el verdadero pan bajado del cielo, alcanza ahora unos niveles inauditos porque los jefes religiosos del pueblo no sólo murmuran criticando acerca de la declaración que hace, ser “el pan verdadero bajado del cielo”, sino que ahora discuten acaloradamente, creándose una división entre ellos, porque Jesús además habla que hay que comer su carne y beber su sangre.

Esto era algo inaceptable: que una persona se presente con la propuesta de comer su carne y beber su sangre. Y Jesús lo repetirá varias veces "quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida definitiva. Quien no come mi carne ni bebe mi sangre no va a poseer nunca esta vida" ¿Por qué Jesús insiste en esto? El evangelista Juan está haciendo un recorrido en relación al Éxodo, la liberación del pueblo de Israel en Egipto. En la famosa noche de Pascua, el pueblo para afrontar el viaje, tubo que comer la carne de un cordero y puso la sangre en las puertas para que a el ángel de la muerte saltara aquellas casas y los primogénitos fueran salvados. Ahora el evangelista dice que la verdadera liberación no se consigue recordando aquel acontecimiento, comiendo la carne

de un cordero o poniendo la sangre en la puerta para ser salvado del peligro. La verdadera liberación se consigue asimilando a Jesús, comiendo su carne y bebiendo su sangre.

Estas son imágenes que no se deben interpretar al pie de la letra. No se trata de canibalismo. Jesús tiene muy claro que para que se lleve a cabo esta liberación, las personas no sólo tienen que admirarlo. Este problema es abordado por el evangelio de Juan en los textos que estamos viendo en estos domingos. Cuando la gente se sació con los panes repartidos querían hacerlo rey. En cambio Jesús no quería dejarse manipular y rechazó la admiración hacia su persona. Jesús quiere que la gente lo asimile como se asimila la carne al ser masticada o la sangre al ser bebida que terminan formando parte de la misma persona. Pero por qué Jesús habla de carne y de sangre.

No se trata del pasaje del Éxodo, sino de la nueva liberación para la humanidad entera, alcanzar la plenitud de vida. Esto se alcanza cuando el ser humano se identifica con Jesús. Comer su carne significa asimilar todo lo que Jesús es, lo dicho y hecho, tener la misma orientación de vida y tomar las mismas opciones de Jesús. Esto significa comer su carne: estamos dispuestos a identificarnos plenamente con él. Pero no basta sólo con identificarse con Jesús, sino que también hay que estar dispuesto a dar la vida como él la ha dado. Esto significa beber su sangre: que también nosotros, asimilando a Jesús e identificándonos con él, estamos dispuestos a hacer de nuestra vida un instrumento de amor para los demás, hasta incluso donarse uno mismo.

Esto significa establecer una nueva relación con Dios. El dios de Jesús no pide nada para él. No es el dios de la religión que espera que los hombres y mujeres le hagan ofrendas, sino que es el pan vivo, la carne que se ofrece a través de Jesús, su hijo, para que al alimentarnos asimilándolo, podamos ser nosotros plenamente realizados y podamos tener la vida definitiva. Con esta enseñanza, Jesús quiere establecer una nueva relación con Dios. No el dios que pide a los hombres, sino el dios que se da como alimento y que da vida definitiva si somos capaces de identificarnos con Jesús y tomar la decisión libre y convencida de estar dispuestos a dar la vida. Esto significa beber la sangre. No sólo identificarse sino también tener clara la conciencia a dar la vida por el bien de los demás. Esta es la gran enseñanza de Jesús que los jefes religiosos no pueden aceptar pues le parece algo completamente fuera de toda lógica. No alcanzan a comprender el significado auténtico de estas palabras y se quedan con la imagen más superficial.

Jesús no se deja condicionar por estas discusiones de los jefes religiosos sino que llega a decir que sólo de esa manera la humanidad podrá alcanzar la plenitud. En el pasado, cuando se recordaba el acontecimiento del Éxodo, el pueblo al haber comido la carne del cordero y después el maná en el desierto, no supuso nada especial pues todos ellos murieron. Aquella liberación fue un fracaso pues no acabó de la manera esperada ya que ninguno de los que salieron de Egipto alcanzaron la tierra prometida sino que fueron sus descendientes quienes lo consiguieron. En cambio Jesús quiere que este

fracaso no se repita y el éxito está garantizado pues no se trata de asimilar una ley, algo exterior al hombre para dirigir sus pasos. Ahora es algo mucho más profundo. Se trata de asimilar la vida de Jesús como se asimila un alimento que nutre a la persona. Identificarse con Jesús que es el pan de la vida, permite a la persona alcanzar la plena madurez, tener la vida definitiva y superar cualquier prueba y poder ser una persona completamente libre incluso hasta ser capaz de dar la vida por el bien de los demás.

Sólo las personas libres pueden tener el gesto de comunicar vida y ofrecer todo el bien que tienen para hacer mejor la vida de los demás. A esto se llega a través de un proceso de asimilación de Jesús, comiendo su carne para sentir la presencia que poco a poco va entrando en la vida de la persona y va transformando esa misma existencia. Escuchando su palabra y nutriéndose con su carne la persona llega al nivel de poder ser capaz de dar vida a los demás y ser el pan que puede nutrir la vida de los que tienen cerca.

Esta es la gran enseñanza de Jesús que abole todas las barreras que la religión había puesto entre Dios y los hombres y esta es la nueva relación que Jesús quiere entre el Padre del Cielo y los seres humanos. Una relación de plena y total comunión, en donde hombres y mujeres puedan reconocer a este Padre que no pide nada para él, sino que da todo para el bien de los demás. Asimilando a Jesús uno se identifica con el Padre del cielo y es capaz de llegar a esta generosidad de no querer nada para sí, sino darlo todo por el bien de los demás.